

# Cigarras



ELSA CROSS

1

“El único instrumento es la pasión.”

Las palabras se abren

desde el sueño,

sorteando imágenes,

explicaciones cargadas de aceites espesos.

Todo desaparece,

como tinta invisible de juegos infantiles.

La garganta se contrae,

las palabras se quedan en la boca,

y sólo repiten

“El único instrumento es la pasión.”

¿Y qué es pasión?

Vivir al borde de lo posible

o lo imposible,

aferrarse a algo

—o dejarlo ir

como se suelta de la jaula

un zenzontle querido.

O sufrir en sí

la carga de un gozo delirante,

encandilado

en sus blancuras y sus brillos,

en sus vuelcos

atónito,

capricho de un dios  
que puede aniquilar  
en un segundo.

“El único instrumento es la pasión.”

Alguien espía desde lo oscuro.  
Dentro, sólo se ve la misma estancia  
reflejada en los vidrios.

Silencio afuera  
—noche de las cigarras.

Tal vez sea pasión  
su grito obstinado  
penetrando las paredes del alma,  
hendiendo la realidad  
hasta volverla sólo eso:  
grito.

2

Huellas de medusas ardientes en la piel,  
como si cada cigarra  
punzara con una horquilla  
o legiones de hormigas dejaran rastros  
de su paso.

Cielos pálidos al transcurrir el verano.  
Pero toda esa luz,  
esa blancura de tálamo,  
esas terrazas por donde entra la noche  
en un filo plateado,  
rasgueo inaudible,

siguen allí,  
cuando hemos recorrido  
la cresta de la media luna  
en un extremo del corazón.

Y el mar—  
toma al crepúsculo  
el color de nuestros vinos dorados.

Los odres están vacíos.  
El vino muerde ahora la sien,  
trastorna

las travesías;  
lo que nos dimos y no nos dimos  
brilla  
bajo un sol que se aleja.

Fragor unánime en cedros,  
laureles,  
pináceas desconocidas:  
casas de las cigarras  
—y los gorriones que las devoran.

Ningún mar tan azul,  
ninguna luz  
tan blanca,  
aunque ese esplendor  
ya llevara consigo  
la caricia de lo oscuro.